

Terror y geografía: examinar múltiples espacialidades en un mundo “aterrorizado” *

ULRICH OSLENDER**

Resumen

Este artículo ofrece un recorrido historiográfico acerca de los conceptos de terror y terrorismo para después mostrar cómo se han pensado estos conceptos desde la geografía. Me refiero aquí a la geografía en dos sentidos: por un lado a la manera cómo desde la disciplina de la geografía nos hemos relacionado a los discursos de la “guerra al terror”; y por otro, cómo podemos pensar el terror geográficamente y más críticamente para evitar la reducción conceptual e intelectual a la que pueden llevar los discursos dominantes sobre la “guerra contra el terror”. Para esto ofrezco un marco conceptual que he llamado “geografías del terror”, el cual se aplica para el caso del terror que viven las comunidades negras en la región del Pacífico colombiano.

Palabras clave: geografía; terror; terrorismo; Pacífico colombiano.

Fecha de recepción: 25-01-2017

Fecha de aceptación: 25-05-2017

Terror and Geography: Examining multiples Spatialities in a Terrorized World

Abstract

In this article, I want to offer, first, a kind of historiographic tour through the concepts of terror and terrorism and then show how these concepts have been thought from geography. Here I understand geography in two senses. On one hand, to the way in which we have related to the speeches of the “war on terror” from the discipline of geography. On the other hand, I aim to illustrate how a broader geographical and critical thinking about terror and would allow us to get out of the conceptual and intellectual reduction of the dominant discourses of the “war on terror” discourses has taken. For this, I offer a conceptual framework that I have called “geographies of terror”, which applies to the case of the terror that the black communities live in the region of the Colombian Pacific.

Keywords: Geography; Terror; Terrorism; Colombian Pacific.

* Partes de este trabajo han aparecido en mi capítulo “Spaces of Terror” en *The Ashgate Research Companion to Critical Geopolitics* (eds.: K. Dodds, M. Kuus y J. Sharp; 2013; Farnham, Ashgate; pp.359-382). Este trabajo ha sido actualizado y modificado significativamente.

Traducción: Carlos Salamanca Villamizar.

** Doctor en Geografía (University of Glasgow), actualmente es Profesor Asociado de Geografía en la Florida International University (Miami, FL, Estados Unidos). Geógrafo político y cultural con intereses regionales en América Latina. Ha publicado más de cuarenta artículos y capítulos de libros en inglés y español, principalmente en relación con la teoría del movimiento social y la geografía política.

Correo electrónico uoslende@fiu.edu

Introducción: un mundo aterrorizado

“Está muerto.” Así era el titular del periódico estadounidense *Miami Herald* del 2 de mayo del 2011. Dos palabras que cubrían media página al lado de una foto del hombre que se había convertido en el rostro del terrorismo global sellaron el final de Osama Bin Laden. Esa noche las imágenes de la televisión mostraban a los estadounidenses en Nueva York y Washington bailando y celebrando en las calles; imágenes no tan distintas de aquellas que se proyectaron en las pantallas de televisión desde las calles de Pakistán, Palestina y otras geografías árabes –reales o imaginadas– frente a las noticias de dos aviones volando al World Trade Center el 11 de septiembre de 2001. Ahora todo parecía haber llegado a un círculo completo: al hombre-monstruo detrás de los ataques terroristas del 11 de septiembre se le había hecho su juicio. Solo que, claro, el círculo no se cerró. Mientras el episodio de la caza de Bin Laden llegó a su final, la llamada “guerra al terror” simplemente pasó a su fase siguiente.¹

No hay duda que esta guerra –conducida por Estados Unidos y sus aliados– y sus implicaciones más amplias están reconfigurando de manera significativa nuestros modos de vida, y que lo seguirán haciendo incluso por mucho tiempo. Por una parte, hemos sido testigos de una reconfiguración de la geopolítica que ha dado paso a una nueva fase de neoimperialismo acompañada de procesos globales de desposesión y de restricción de las libertades civiles (Chomsky, 2004; Harvey, 2003). Por otra parte, en nuestra consciencia social colectiva se ha instalado lo que podríamos llamar un “sentido de terror”, tan amenazante y aterrador como impreciso y difícil de cernir.

La historiadora Joanna Bourke (2005) ha comparado el temor contemporáneo al terrorismo con el temor a la peste bubónica en el siglo XIV; en su opinión, el pensamiento irracional da lugar a formas específicas del temor. A su vez, Bourke llama la atención sobre la desproporción de la respuesta oficial a la forma en que se percibe la amenaza al terrorismo, precarizando valores democráticos como la libre circulación y la libertad de expresión. La multiplicación de los sistemas de vigilancia, el fortalecimiento de los servicios de seguridad y el endurecimiento de los controles fronterizos son solo algunas de las infracciones de las libertades civiles que la legislación antiterrorista ha traído consigo. La persecución de los solicitantes de asilo (Hyndman y Mountz, 2007) y la justificación de la tortura para extraer información “vital” (Butler, 2007) tienen consecuencias aún más graves para los derechos humanos.

En medio del estruendo de los debates sobre la “guerra al terror” es demasiado fácil olvidar que el terror y el terrorismo son en realidad términos controvertidos. En una época en la que se usa y abusa la noción de “terrorismo” para justificar todo tipo de políticas bajo el manto de “seguridad nacional” existe el peligro de

¹ Con la expresión “guerra al terror” (*War on Terror* en el inglés original) me refiero a la campaña global iniciada por el gobierno de los Estados Unidos bajo la Administración de George W. Bush tras los ataques terroristas del 11 de septiembre del 2001 – y apoyada por varios miembros de la OTAN y otros aliados – con el fin declarado de acabar con el terrorismo internacional. En español se ve también la expresión “guerra contra el terrorismo”. En este artículo uso ambas expresiones sin distinción.

que los discursos geopolíticos dominantes exploten este sentido de terror colectivo para fines políticos y económicos específicos. Este peligro ha sido denunciado, entre otras, por numerosas críticas desde la geografía crítica (Elden, 2009; Graham, 2004; Gregory, 2004; Gregory y Pred, 2007; Harvey, 2003; Hyndman, 2003; Smith, 2003). Sin embargo, en su mayoría estas críticas se han enfocado sobre la lógica imperial detrás de la guerra contra el terrorismo. No han indagado más a fondo en la noción de terror, ni en un replanteamiento radical del concepto mismo de terror.

En este artículo quiero reflexionar primero sobre la conceptualización misma de la noción de terror. ¿Qué queremos decir cuando decimos “terror”? ¿Cómo se produce y manifiesta? ¿Qué produce? ¿Para qué? Segundo, quiero pensar este concepto desde la geografía, y me refiero a la misma en dos sentidos: por un lado, cómo desde la disciplina de la geografía nos hemos relacionado con los discursos de la “guerra al terror”; y por otro, cómo podemos pensar el terror geográficamente, o sea, cuáles son las espacialidades –o, como sugiero más tarde, las geografías concretas del terror– y cómo podemos conceptualizarlas más críticamente para sacarnos de la reducción conceptual e intelectual a la que ha llevado el lavado de cerebro de los discursos dominantes de la “guerra al terror”. Por ejemplo, ¿cómo se vive con el terror en lugares particulares? ¿Cuáles son las expresiones y manifestaciones concretas del terror en los paisajes? ¿Cómo transforma el terror a lugares y espacios? Pero también, ¿cómo se resiste y lucha contra el terror desde lugares distintos? Estas son algunas de las preguntas más urgentes a examinar si queremos entender los múltiples terrorismos que engullen nuestro mundo y comenzar a transformar nuestra era del terror en una era de esperanza, solidaridad y convivencia pacífica.

Antes de examinar las múltiples imbricaciones geográficas con el terror y el terrorismo, resulta útil reflexionar sobre cómo se han definido estas nociones.

Definiendo Terror y Terrorismo

Terror: “El Estado de ser aterrorizado o muy atemorizado; miedo intenso, espanto o pavor.”
Oxford English Dictionary

Terrorismo: “Una política destinada a atacar con terror a aquellos contra quienes se adopta; El empleo de métodos de intimidación; El hecho de aterrorizar o la condición de ser aterrorizado.”
Oxford English Dictionary

Es común hoy en día afirmar que el concepto político de “terror” surgió con el período de la Revolución Francesa entre 1793 y 1794. Conocido como el “Reinado del Terror”, la facción gobernante derramó la sangre de miles y miles de personas a quienes consideraba no encajar con su idea de virtud. *La Terreur* se ha asociado principalmente con la figura de Maximiliano Robespierre –“el Incorruptible”– y la fuerza dominante en el Comité de Seguridad Pública que se encargaba de restaurar el orden en la República Francesa. El terror era el medio por el cual la sociedad debía ser purificada y la guillotina su herramienta y el principal símbolo de esta

fase de la Revolución Francesa. Para Robespierre, el terror no era “nada más que justicia, pronta, segura e inflexible” (Richardson, 2006: 19), y el uso extensivo de la guillotina estaba destinado a crear una “República de la Virtud” (Scurr, 2006).

De allí quiero señalar dos puntos importantes. En primer lugar, la yuxtaposición del terror, la justicia, la virtud y la pureza en ese entonces tiene una semejanza preocupante con los discursos moralizantes de hoy, tanto de las redes terroristas transnacionales del tipo Al-Qaeda e ISIS como de la “guerra al terror” llevada a cabo por EEUU. Tanto George W. Bush como Osama Bin Laden (ambos ya “retirados”) asumían un tono de alto nivel moral en la denuncia de sus némesis respectivas, e invocaban a Dios/Alá a su lado respectivo. Bin Laden consideraba su propia versión del terrorismo como justicia retributiva contra el imperialismo estadounidense en el Medio Oriente y como una forma legítima de lucha para purificar las tierras árabes que consideraba contaminadas por los invasores infieles. Como dijo en 1998:

El terrorismo puede ser encomiable y puede ser reprehensible... El terrorismo que practicamos nosotros es del tipo encomiable porque está dirigido contra los tiranos, los agresores y los enemigos de Alá.(...) Aterrorizarlos y castigarlos son medidas necesarias para enderezar las cosas y hacerlas bien.(...) La verdad es que todo el mundo musulmán es víctima del terrorismo internacional, manipulado por Estados Unidos y las Naciones Unidas. (citado en Richardson, 2006: 24, 65)

Argumentando desde el otro lado del espectro, George W. Bush compartió esta visión de una lucha cósmica entre el bien y el mal. Sin embargo, a diferencia de Bin Laden quien reconoció que estaba cometiendo actos de terrorismo –aunque de “tipo encomiable”– Bush no veía las acciones de su administración como terrorismo. Para él, “el terrorismo es algo que hacen los malos” (Richardson, 2006: 19). En 2001, presentó al mundo su ahora infame proposición:

Cada Nación, en cada parte del mundo, debe tomar una decisión. Están con nosotros o están con los terroristas. Desde hoy y en adelante, cualquier Nación que continúe albergando o respaldando el terrorismo será considerado por los Estados Unidos como un régimen hostil.

Esta rígida elección de tipo “esto / o” en el discurso de Bush divide el mundo en bueno y malo. Retratándose a sí mismo como víctima del 9/11, Estados Unidos patrocinó un terrorismo de Estado que no sería inmediatamente visto como tal. Sin embargo, como el filósofo alemán Peter Sloterdijk (2009: 27) ha argumentado, “[c]ada ataque terrorista se ve a sí mismo como un contragolpe en una serie supuestamente siempre iniciada por el enemigo. Como resultado, el terrorismo se concibe como una expresión antiterrorista”.

Una primera represalia por los ataques terroristas en Nueva York y Washington fue lanzada en octubre de 2001, inicialmente denominada “Operación Justicia Infinita” (más tarde se cambió el nombre a “Operación Libertad Duradera”). Para Bush, el bombardeo de Afganistán era “nada más que justicia, pronta, segura e inflexible”, así como Robespierre quería que se entendiera su uso del terror durante la Revolución Francesa.

Esto nos lleva al segundo punto que vale la pena recordar de la Revolución Francesa: el término político “terror” surgió como una estrategia empleada por el Estado para controlar a su población nacional. En otras palabras, emergió como terror de Estado. Y hasta hoy, en términos del número de víctimas, el terrorismo patrocinado por el Estado supera con creces las acciones terroristas cometidas por grupos no estatales. Ejemplos obvios incluyen los regímenes de terror en la Alemania Nazi y en la Unión Soviética de Stalin, donde millones de civiles murieron y gran parte de la sociedad civil vivía –para emplear la definición de terror del Oxford English Dictionary– “aterrorizada o muy atemorizada”.

Lo mismo podría aplicarse a los cientos de miles de civiles que vivían, sufrían, desaparecían y morían durante las dictaduras militares en gran parte de América Latina en las décadas de 1970 y 1980, donde el terror fue empleado por los gobiernos en el poder como una herramienta de dominación y una estrategia de control de sus poblaciones (Brysk, 2003; Ensalaco, 1999; Hayner, 2001; Koonings y Kruijt, 1999; Menjivar y Rodríguez, 2005; Pion-Berlin, 1989). Como afirman Corradi, Weiss Fagen y Garretón (1992), la aplicación sistemática del terrorismo de Estado en los regímenes militares del Cono Sur de Brasil, Argentina, Chile y Uruguay, en los años setenta y ochenta, funcionó como un dispositivo ordenador de la sociedad tan omnipresente que conducía a una cultura del miedo en esos países con consecuencias que se extienden hasta el presente.

A pesar de esta abrumadora presencia del terror estatal, en el imaginario geopolítico popular se ha prestado una atención desproporcionada a las acciones terroristas no estatales, alimentada por los medios de comunicación y la industria cinematográfica de Hollywood (Sharp, 2000). Por ejemplo, Bourke (2005) encontró que entre los años 1980 y 1985 grupos terroristas no estatales mataron a diecisiete personas en los Estados Unidos –un número relativamente insignificante– mientras que el New York Times publicó un promedio de cuatro historias sobre el terrorismo en cada edición durante este mismo período. En su historia cultural del miedo, Bourke atribuye esta cobertura aparentemente desproporcionada a los grupos con intereses creados en la promoción del miedo. Escribiendo sobre el mismo período en los años ochenta, Edward Said observa que “terror” y “terrorismo” se han vuelto “conceptos totalizadores”:

Todo el arsenal de palabras y frases que derivan del concepto de terrorismo [es] a la vez inadecuado y vergonzoso. Actualmente hay pocas formas de hablar del terrorismo que no hayan sido corrompidas por la guerra de propaganda; formas que, en mi opinión, han sido descalificadas como instrumentos para llevar a cabo una investigación racional y secular sobre las causas de la violencia humana. ¿Existe alguna otra forma de aprehender lo que podría estar implicado cuando ahora usamos sin pensar la palabra “terrorismo?” (Said, 1988: 53)

Es interesante notar que fue en los años ochenta que Said expresó su frustración en términos que serían bastante adecuados para describir nuestros debates actuales. Con el cerebro lavado por los discursos de la “guerra al terror” contra Afganistán, Pakistán e Irak, es fácil olvidar que otras geografías fueron el foco de la “guerra de propaganda” de la que habla Said. Como Chomsky ha declarado en numerosas

ocasiones, la “guerra al terror” solo fue “re-declarada” después del 11-S (Chomsky, 2003: 115; 2004: 188-198). La retórica de la Guerra Fría de la administración Reagan en los años ochenta promovió la idea de una conspiración terrorista internacional respaldada por los soviéticos que incluía a Centroamérica. Puede ser risible tomar hoy en serio la afirmación de Reagan: “las políticas y acciones del Gobierno de Nicaragua constituyen una amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad nacional y la política exterior de los Estados Unidos” (citado en Chomsky, 2003: 116). Sin embargo, su declaración preparó el escenario para la masiva intervención estadounidense en Nicaragua mediante el suministro de armas a los Contras, que alimentaron una sangrienta guerra civil que finalmente terminaría en derrota electoral para los sandinistas en el gobierno.

Si retomamos la definición de terrorismo del *Oxford English Dictionary* (“Una política destinada a atacar con terror a aquellos contra quienes se adopta; el empleo de métodos de intimidación”) entonces la administración de Reagan claramente cometió actos de terrorismo internacional contra el pueblo y el gobierno de Nicaragua. Esta interpretación también sería válida si acudiéramos a un manual del Ejército de los Estados Unidos en donde se define al terrorismo como “el uso calculado de violencia o amenaza de violencia para alcanzar objetivos políticos, religiosos o ideológicos (...) a través de la intimidación, la coerción o el miedo” (citado en Chomsky, 2004: 188).

Además, dado que esta definición describe igualmente bien la actual intervención estadounidense en Afganistán, Pakistán, Irak y otros lugares considerados como una “amenaza” para los Estados Unidos, sería difícil argumentar en contra de Chomsky (2004: 189), cuando afirma que “Estados Unidos es un Estado terrorista”; un punto de vista que aparece tanto en el análisis del terrorismo de Estado occidental de George (1991), como en el discurso de Harold Pinter con quien aceptó el Premio Nobel en el 2005, cuando calificó la invasión estadounidense de Irak como “un acto flagrante de terrorismo de Estado”.

Sin embargo, muchos “expertos en terrorismo” se alejan de tal interpretación y en cambio se centran casi exclusivamente en grupos o acciones terroristas no estatales. Naturalmente, esto es porque para muchos el terrorismo estatal es una “violencia normalizada” (Watts, 2007: 188) y, en consecuencia, debe excluirse del análisis de las actividades terroristas. Por lo tanto, entre los sospechosos habituales se incluye a Hamas, Al Qaeda y Hezbollah, pero también a los Tigres Tamiles (Sri Lanka), el Sendero Luminoso (Perú), el Aum Shinrikyo (Japón), el grupo separatista kurdo PKK, la organización separatista vasca ETA, el Ejército Republicano Irlandés (IRA), y el grupo Baader-Meinhof o Facción del Ejército Rojo que operó en Alemania en los años setenta y ochenta.

Es allí que yace la “guerra de propaganda” de la que habla Said. Al retratar a cualquier organización separatista o revolucionaria como “terrorista”, su lucha es discursivamente despolitizada. En Colombia, por ejemplo, a raíz de las preocupaciones mundiales por el terrorismo como consecuencia del 11-S, las autoridades han seguido una estrategia discursiva que vincula al grupo guerrillero más grande y poderoso del país, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) con el cultivo y el narcotráfico, redefiniendo de esta manera a los guerrilleros como “narcoterroristas”. El objetivo ha sido desacreditar el proyecto político de la guerri-

lla y encubrir las raíces sociales e históricas del conflicto interno en curso.²

Al mismo tiempo, la administración del entonces presidente Uribe empleó sus propias estrategias de terror. ONGs nacionales e internacionales denunciaron continuamente la práctica de detenciones masivas arbitrarias, el asesinato selectivo de sindicalistas y dirigentes de movimientos sociales y la continua colaboración entre las fuerzas armadas y grupos paramilitares de derecha que han creado un ambiente de temor en la sociedad civil colombiana. Un caso particularmente grave era el escándalo de asesinatos extrajudiciales conocido como “falsos positivos” que sacudió al país. Unidades del Ejército fueron alentadas a enfrentar militarmente a los grupos guerrilleros, ofreciéndoseles recompensas en función del número de cuerpos de guerrilleros muertos. Como resultado, para ser recompensados muchas de esas unidades mataron a miles de civiles disfrazándolos de guerrilleros.

El Premio Nobel de Literatura de 2005, Harold Pinter, describió –sin saberlo– el enigma del escándalo de los “falsos positivos” en su poema “Muerte”:

¿Dónde se encontró el cadáver?
 ¿Quién encontró el cadáver?
 ¿Había muerto el cadáver cuando lo encontraron?
 ¿Cómo se encontró el cadáver?
 ¿Quién era el cadáver?

¿Quién era el padre, la hija o el hermano
 O tío o hermana o madre o hijo
 Del cuerpo muerto y abandonado?

¿Fue el cuerpo muerto cuando fue abandonado?
 ¿El cuerpo fue abandonado?
 ¿Por quién fue abandonado?

¿El cadáver estaba desnudo o vestido para un viaje?

¿Qué te hizo declarar muerto el cadáver?
 ¿Declaraste muerto el cadáver?
 ¿Qué tan bien conociste el cadáver?
 ¿Cómo supiste que el cadáver estaba muerto?

¿Lavaste el cadáver?
 ¿Cerraste sus ojos?
 ¿Enterraste el cuerpo?
 ¿Lo dejaste abandonado?

.....
 2 Aunque en noviembre del 2016 se firmó un acuerdo para el cese de hostilidades y hacia la construcción de una paz estable y duradera entre las FARC y la administración de Santos, se mantiene en gran parte de la población civil el imaginario de la guerrilla como “narcoterrorista”, lo que explica hasta cierto punto por que el referéndum inicial por la paz falló.

¿Besaste el cuerpo muerto?

En la perspectiva del escándalo de los “falso positivos”, el propio Estado colombiano parece ser un terrorista más grande que las FARC. De hecho, en la línea de lo argumentado por Chomsky, las autoridades colombianas no han sido las únicas en ver el 11 de septiembre como una “ventana de oportunidad” para legitimar su propio uso del poder y la represión política y militar:

Muchos gobiernos, entre ellos el de los Estados Unidos, instituyeron medidas para disciplinar a la población nacional y llevar adelante medidas impopulares bajo el disfraz de ‘combatir el terror’, explotando la atmósfera de miedo y la demanda de “patriotismo”. (Chomsky, 2003: 127)

Geografía y la “Guerra al Terror”

“Considero la guerra global al terror como una de las modalidades centrales a través de las cuáles se articula el presente colonial”
 Gregory, 2004:13

Tras los ataques terroristas de Nueva York y Washington de septiembre de 2001, los geógrafos reflexionaron en torno a su papel en la “guerra al terror”. Esto tomaría diversas formas, algunas conflictivas. En 2002, la Asociación de Geógrafos Americanos organizó un panel sobre geografía y terrorismo en su reunión anual en Washington, que llevó a la publicación de una colección de ensayos sobre el tema. El libro –*The Geographical Dimensions of Terrorism* (Cutter et al, 2003)– resaltaba la “utilidad” de la geografía y de los Sistemas de Información Geográfica en una situación de emergencia, como la que se presentaba con la “guerra al terror”, en particular en relación con las áreas de datos geoespaciales, tecnologías de investigación sobre infraestructura, ciencia de vulnerabilidad e investigación en riesgos. El libro también proponía una política específica, sugiriendo la creación de una Oficina de Información de GeoSeguridad – *GeoSecurity*– dentro del Departamento de Seguridad Nacional.

Geógrafos críticos atacaron el libro rápidamente por su enfoque tecnocrático y su imposibilidad de considerar la importancia de la disciplina para ayudar a entender las raíces del terrorismo y las historias de los lugares de donde emergen los actos terroristas. En una colección editada por Derek Gregory y Allan Pred (2007), los editores explican en la introducción:

La provocación inmediata para nuestro proyecto fue un conjunto doble de respuestas a los sangrientos eventos del 11 de septiembre. Por un lado, hubo quienes redujeron los ataques al World Trade Center y al Pentágono a una barbarie que pasó por alto todo entendimiento... El terrorismo estaba situado más allá de los límites de la civilización y alojado en las patologías de aquellos que golpeaban tan destructivamente a sus puertas (...) Por otro lado, hubo quienes propusieron una respuesta puramente técnica o instrumental al 11 de septiembre, diseñada sobre tecnologías políticas (que también eran tecnologías geográficas), para perfilar, predecir y manejar la amenaza del terrorismo. (Gregory y Pred, 2007: 1)

Así, el libro de Gregory y Pred (2007) –*Violent Geographies*– fue no solo una contribución a una imaginación geográfica crítica emergente, sino también una refutación al enfoque simplista, tecnocrático y acrítico del papel y la utilidad de la geografía en la guerra contra el terrorismo patrocinada por Cutter y otros.

En el 2003 un número de la revista *The Professional Geographer* incluyó dos artículos cortos publicados uno al lado del otro que son representativos de los distintos enfoques que los geógrafos han tomado en sus investigaciones sobre el terrorismo. En su artículo, Richard Beck (2003) pretende demostrar la utilidad de la teledetección ambiental y de los SIG como instrumentos de lucha contra el terrorismo en la guerra en Afganistán. Basándose en imágenes de vídeo de una formación rocosa y en una imagen cartográfica satelital, el autor identifica un lugar en el Este de Afganistán como un refugio probable de “terroristas”. El autor remitió esta información al gobierno de los Estados Unidos en octubre de 2001 y posteriormente afirmaría con cierto orgullo que “informes militares y de prensa indicaron la subsecuente eliminación exitosa de un gran número de terroristas y municiones en Zhawar Kili en noviembre de 2001 y en enero, febrero y abril de 2002” (Beck, 2003: 170).

Tal triunfalismo atrajo la ira de otros geógrafos profundamente preocupados por las implicaciones éticas y profesionales de tal connivencia con el ejército estadounidense y por el hecho de haber cedido a sus demandas de retrasar la publicación del artículo para proteger sus operaciones militares (O’ Loughlin, 2005). También se podría añadir que se ignora cuántos presuntos “terroristas” y cuántos civiles (como “daño colateral”) fueron asesinados como resultado de este tipo de inteligencia proporcionada al Ejército de los Estados Unidos.

En el mismo volumen, Colin Flint (2003) por su parte, presenta una posición crítica frente a la débil comprensión de la dimensión geográfica del terrorismo contemporáneo. En su lugar, propone una perspectiva político-geográfica sobre las causas y consecuencias del terrorismo y el contraterrorismo que involucra la interacción de la política del poder y los procesos geográficos. El autor destaca asimismo la importancia del contexto geohistórico en la comprensión de las causas del terrorismo contemporáneo y, en especial, del papel de los Estados Unidos como poder hegemónico. A su vez, Flint argumenta la necesidad de examinar más detenidamente la espacialidad de las redes terroristas, concluyendo que:

(...) ninguna otra disciplina [que la geografía] es mejor posicionada para sintetizar las múltiples causas del conflicto, comprender y dar voz a las percepciones basadas en el lugar que conducen a la confrontación, definir el camino hacia la paz, y evidenciar las imbricaciones entre la paz a escala local y las estructuras globales. (Flint, 2003: 166-167)

Escribiendo también desde una perspectiva geopolítica crítica, Stuart Elden (2007, 2009) examina las intersecciones de terror y territorio. Está particularmente interesado en las formas en que la integridad territorial y la soberanía se ven cuestionadas en la guerra contra el terrorismo. Estados como Somalia, Afganistán e Irak que han preservado nominalmente las fronteras carecen, sin embargo, de control territorial efectivo sobre sus territorios. Por un lado, la soberanía territorial de estos Estados se ve amenazada por agresiones externas como la intervención militar estadounidense en Irak y Afganistán. Por otra parte, los grupos no estatales

han sido capaces de llenar el vacío de poder que dejó el Estado y establecieron el control territorial en ciertas partes de estos países. Al-Qaeda, por ejemplo, más que una red desterritorializada, como suele describirse, ha establecido campos de entrenamiento y bases operativas en algunos de estos Estados. Elden (2007: 829), por lo tanto, nos advierte acerca de “no ver a Al-Qaeda en términos no territoriales o indicativos de una desterritorialización más amplia”.

De esta manera se han producido numerosas intervenciones de geógrafos involucrados en los debates sobre la guerra contra el terrorismo. Sin embargo, la mayoría de ellas han tratado la noción de terror solamente dentro del contexto de la “guerra al terror”. No pretenden investigar la naturaleza del terror como tal, ni proponen un replanteamiento radical del concepto mismo de terror. De allí mi propuesta ahora de indagar más en las geografías concretas del terror, de iluminar y enfocar “otras” geografías de terror, tal vez menos conocidas. Terminaré estas reflexiones con un marco conceptual que he denominado “geografías del terror” que se nutre de mi trabajo empírico con comunidades negras en el Pacífico colombiano a lo largo de los últimos veinte años (véase Oslender, 2007; 2008; 2016).

Geografías del Terror

“El terror, como lo conocemos hoy, golpea sin ninguna provocación preliminar”

Hannah Arendt, *The Burden of Our Time*, 1951

El terror es una estrategia de guerra y una herramienta de dominación. No está dirigido tanto a sus víctimas más inmediatas, sino más bien a los sobrevivientes. Es una estrategia comunicativa. El terror funciona como un espectáculo, envía un mensaje a los supervivientes, amenazándolos. A través de la aplicación sistemática del terror, se genera un profundo sentimiento de temor entre las poblaciones locales y los lugares se transforman en espacios de miedo que rompen dramáticamente las relaciones sociales locales y regionales.

Bajo esta premisa el antropólogo Michael Taussig (1984) examina el informe del representante consular británico Roger Casement sobre el abuso sistemático, la tortura y los asesinatos de indígenas que trabajaban al peonaje por deuda en las plantaciones de caucho en la región colombiana de Putumayo a principios del siglo XX. Este informe de 136 páginas es el resultado de una investigación de Casement realizada en el año 1910: siete semanas de viaje a través de las áreas de recolección de caucho de las selvas de los afluentes de los ríos Caraparami e Igaraparana de la parte media del río Putumayo, y seis meses en la cuenca del Amazonas. En detalles duros de leer, Casement describe el terror y la tortura sufridos por los indios Huitoto a manos de los oficiales y trabajadores de la compañía. Según Casement, el caucho del Putumayo no sería rentable si no fuera por el trabajo forzoso de los huitotos locales. Entre 1900 y 1910, la producción de unas 4 mil toneladas de caucho en el Putumayo costó la vida a miles de indios. Las muertes por tortura y enfermedades habían disminuido la población de la zona en alrededor de 30 mil durante ese tiempo (Taussig, 1984: 474).

Una de las principales formas de castigo eran los azotes o latigazos que a menudo eran infligidos hasta que los huesos de la víctima se hacían visibles. Los latigazos se aplicaban, por ejemplo, cuando un indio no traía suficiente caucho. Para aquellos que se atrevían a intentar huir, los latigazos eran particularmente sádicos. Exentos de cualquier cuidado médico, una vez azotados y torturados, los indios eran dejados para ser aperreados por los perros de la compañía. El azote era mezclado con otras torturas como la castración o la crucifixión con la cabeza hacia abajo. Los trabajadores blancos también habrían cortado a los indios en trozos con machetes y sacudido el cerebro de niños pequeños arrojándolos contra árboles y muros. Los ancianos, por su parte, cuando ya no podían trabajar, eran asesinados.³

Para divertirse, los oficiales de la compañía usaban a los indios como blanco. En ocasiones especiales, como el sábado de Pascua, mataban a los indios en grupos o los rociaban con Kerosene y los prendían fuego para gozar de su agonía (Taussig, 1984: 475). Una forma particular de tortura sigue siendo común hoy en día. El casi-ahogamiento fue diseñado, como Casement señala, "para detenerse a poco de producir la muerte, mientras se inspiraba un agudo temor mental y se infligía gran parte de la agonía física de la muerte" (Taussig, 1984: 477). En ese momento, esta práctica aún no se conocía como *waterboarding*.

Taussig (1984: 495) resume que el terror y la tortura se convirtieron en la forma de vida durante unos quince años en la región de Putumayo, donde efectivamente se había desarrollado una "cultura de terror". Y agrega:

Las culturas del terror están basadas en el silencio y alimentadas por él (...) Sin duda, el deseo del torturador es también prosaico: adquirir información, actuar de acuerdo con las estrategias económicas a gran escala elaboradas por los amos y las exigencias de la producción. Sin embargo, tal vez es más importante la necesidad de controlar a las poblaciones masivas mediante la elaboración cultural del miedo. (Taussig, 1984:469)

Visto desde el presente, hay muchos lugares donde tal elaboración cultural del miedo ha permitido el control masivo de poblaciones y personas viviendo en una cultura del terror. Podemos pensar en las ya mencionadas dictaduras militares de América Latina de los años setenta y ochenta, en el régimen de *apartheid* sudafricano o en regímenes de terrorismo de Estado más recientes, como la Libia gobernada por Gadafi, que recibiría un tratamiento ficticio por parte del libio Hisham Matar, en su aclamada novela de debut *En el país de los hombres* (2006). Al igual que el informe de Putumayo de Roger Casement y la lectura crítica que Taussig hace de este, Matar proporciona un relato del terror como experiencia vivida. Estos relatos denuncian la violencia y el terror como sistemas de opresión, al mismo tiempo que transmiten una proximidad moral con las personas que están sujetas a regímenes de terror.

Es esa preocupación por el terror como experiencia vivida que ha nutrido mi in-

.....
³ En más de una ocasión las descripciones de tortura y castigo en el informe de Casement recuerdan la crónica del Fray Bartolomé De las Casas sobre las barbaridades cometidas por los conquistadores españoles en el siglo XVI.

tento de pensar geográficamente sobre el terror y por la que he desarrollado un marco conceptual que he denominado "geografías del terror" como una herramienta metodológica para el estudio sistemático del impacto del terror y sus manifestaciones espaciales en las poblaciones locales. A la vez considero que este enfoque es un intento de redireccionamiento de los discursos geopolíticos contemporáneos de la "guerra al terror" que definen al terrorismo exclusivamente como dirigido contra el estado democrático neoliberal occidental, al tiempo que ocultan otros terrorismos, incluso aquellos aplicados por estas mismas democracias neoliberales occidentales. En particular, el marco de las "geografías del terror" examina una serie de fenómenos geográficos asociados con el terror y el terrorismo. Por lo tanto, ofrece un contraargumento a la generalización de los discursos sobre el terrorismo y anima a mirar más profundamente y con más detalle las múltiples manifestaciones del terror y cómo las personas comunes viven y tratan con él diariamente.

Siete puntos constituyen el marco de las "geografías del terror". Los he elaborado desde la experiencia de las comunidades negras en la región del Pacífico colombiano que han sido expuestas sistemáticamente a la violencia por parte de grupos armados (Oslender, 2007; 2008; 2016). He conducido el trabajo de campo etnográfico entre estas comunidades desde hace más de veinte años. En los años noventa examinaba, sobre todo, su lucha por adquirir derechos territoriales sobre las tierras que habían venido ocupando ancestralmente en esa región de bosque tropical. Sin embargo, hacia finales de los años noventa se empezó a dar el fenómeno del desplazamiento forzado de estas comunidades como resultado de una coyuntura geoeconómica y política compleja que incluía la extensión del conflicto armado a esta región antes considerada como "refugio de paz". Fue en ese entonces que cambié mi enfoque de investigación examinando ahora los procesos espaciales que llevaban a la producción de lo que denominaría después "paisajes de miedo".

Ahora bien, mientras hago referencias concretas a la experiencia de las comunidades negras en Colombia, se invita aquí al lector a pensar estas geografías del terror en otros escenarios también. No se requiere mucha fantasía para imaginarse, por ejemplo, los "paisajes de miedo" que actualmente se están produciendo a lo largo del territorio de Siria en esta horrible guerra que no parece tener final. Pero también podemos pensar en la "movilidad restringida en las prácticas espaciales rutinarias" de la población de Palestina en los territorios ocupados por Israel. Allí también se producen geografías particulares de movilidad y des-movilidad a través de la imposición de un régimen de violencia estatal y el terror. Finalmente, los "movimientos físicos en el espacio" (discutido en el punto 5 del siguiente apartado) se dejan ilustrar fácilmente con una de las grandes tragedias del siglo XXI: la migración masiva de poblaciones enteras que huyen de la guerra, del terror y de la persecución, de este modo redefiniendo no solamente los espacios que dejan atrás, sino también los nuevos espacios de llegada que transforman en procesos de reterritorialización (descrito en el punto 6 apartado). De esta manera el planteamiento espera ofrecer no solamente un marco conceptual a reorientar la discusión sobre el terror y terrorismo, sino también apunta a la necesidad de siempre pensar e indagar en lo empírico al mismo tiempo.

Geografías del Terror – un marco conceptual

1. La producción de paisajes de miedo

El uso continuo del terror en una región lleva a la producción de paisajes de miedo. Ellos son frecuentemente visibles en las huellas que los grupos armados dejan después de los ataques contra las poblaciones civiles. Casas destruidas, agujeros de bala y grafitis en las paredes, o plantaciones en cenizas son "estampas" de la presencia de los agentes del terror. Como "recuerdo" del acto violento son una amenaza constante para los pobladores atemorizados. Estas huellas transforman el espacio en paisajes de miedo y son la manifestación más obvia del terror como espectáculo, como estrategia comunicativa. Efectivamente, estos paisajes se dejan "leer" e interpretar a través de estas huellas. Esta interpretación va más allá de la clásica propuesta humanística de Tuan (1979) quien piensa los paisajes de miedo como una metáfora para el estudio de geografías imaginadas, por ejemplo, en cuentos infantiles. Se trata aquí más bien de establecer una relación sistemática entre miedo y paisaje en relación con el espacio social rutinario y las prácticas corporeizadas de la vida cotidiana. Estos paisajes de miedo se manifiestan también, por ejemplo, en "espacios vaciados", como lo son los pueblos abandonados por los habitantes que han tenido que huir de las amenazas y masacres. Aunque después de un tiempo de haber huido de sus tierras los habitantes frecuentemente regresan a sus casas, la experiencia del terror continua en la gente, y el sentido de terror producido queda impreso en los nuevos paisajes de miedo.

2. Movilidad y prácticas espaciales rutinarias restringidas

La imposición de un régimen de terror en un lugar impone restricciones a los movimientos cotidianos de la población. Estas restricciones pueden ser explícitamente impuestas por los actores armados que prohíben a la población local desplazarse a ciertos lugares; o pueden ser restricciones implícitas impuestas por el miedo y el sentido de terror que le "aconseja" a uno no moverse hacia ciertos lugares. Un sentido de inseguridad generalizada se extiende por el lugar y afecta las formas de cómo la gente se mueve en sus alrededores. El contexto de terror lleva así a una fragmentación del espacio y rompe dramáticamente la movilidad espacial cotidiana. En el Pacífico colombiano hay una tendencia hacia la creación de "campos de confinamiento". Estos constituyen un cercamiento espacial que les inhibe a los pobladores entrar a o salir de una región. Los actores armados establecen puntos de vigilancia en determinados sitios de paso (por ejemplo en diferentes partes de un mismo río) y controlan así la entrada y salida de productos, mercancías y personas. Los confinamientos en sí constituyen un problema igual de grave que el desplazamiento, al ser las comunidades "emplazadas" en sus lugares de origen sin poder ejercer control territorial ni moverse libremente.

Estos campos de confinamiento se observan también en el conflicto Israel-Palestina, donde la población palestina está confinada espacialmente en los territorios ocupados. De manera drástica se muestra este confinamiento en la construcción de un muro por los israelíes que pretende inhibir a los palestinos entrar a territorio israelí.

3. Transformación dramática del sentido de lugar

Con "sentido de lugar" nos referimos a la dimensión subjetiva de un lugar; a las percepciones individuales y colectivas que se generan en un lugar; y a los sentimientos asociados con un lugar. Estas dimensiones subjetivas y experienciales del lugar se transforman dramáticamente en un contexto de terror. La gente comienza a sentir, pensar y hablar de diferentes maneras sobre sus lugares de vida, ya impregnados de experiencias traumáticas, recuerdos y temor. Estas personas también pueden involucrarse en el silencio cuando piensan o se les pide que hablen de sus hogares. Para muchos refugiados, por ejemplo, las atrocidades experimentadas o presenciadas son a menudo demasiado duras para ser nombradas.

Más que el lugar hogareño que recordarían (y del que hablarían) antes de que el terror se desatara sobre ellos, ahora es el sitio físico de la masacre, el asesinato, la tortura o el encuentro cara a cara con los agentes del terror. Ya no es el "lugar de residencia" (*homeplace*) del que nos habla bell hooks (1991: 41-49) –un espacio libre de vigilancia y opresión, donde se construyen solidaridades y sociabilidades–, más bien, la imaginación individual y colectiva del lugar de origen da paso a lo que he denominado un "sentido de lugar aterrorizado" (Oslender, 2008: 83).

En el Pacífico colombiano el sentido de lugar está condicionado por un entorno de bosque húmedo tropical en el cual las relaciones sociales están espacializadas a lo largo de las cuencas de los ríos hasta tal punto que podemos hablar de un "sentido de lugar acuático" (Oslender, 2016). Con esto me refiero a las formas íntimas en que los pobladores rurales en el Pacífico se identifican con sus ríos. Estos constituyen no solamente la infraestructura de transporte y movilidad, sino también la fuente de memoria colectiva y el sitio de la vida social que conecta y comunica a las diferentes comunidades a lo largo de las orillas. El contexto de terror rompe abruptamente este sentido de lugar. Las geografías imaginadas y las formas en que la gente del Pacífico piensa y se refiere al entorno en que vive y se mueve diariamente, están ahora impregnadas de miedos y angustias. No son solamente sus movimientos físicos y su movilidad por los ríos los que están confinados espacialmente, sino también su imaginación y experiencia sentimental de viajes, visitas, juegos y fiestas.

4. Desterritorialización

El terror separa las formas existentes de territorialización. Las amenazas y masacres cometidas por los grupos armados provocan la pérdida del control territorial de las poblaciones locales. El desplazamiento físico y el desplazamiento forzado de individuos o comunidades son su expresión más visible, ya que las personas huyen de la violencia y el terror, abandonando sus tierras, sus casas y sus ríos. Sin embargo, la desterritorialización también existe cuando las poblaciones locales son inhibidas o se sienten restringidas en sus movimientos cotidianos rutinarios alrededor de sus espacios habituales. En otras palabras, el miedo produce "desterritorialización mental" (Oslender, 2008: 83), que se establece cuando la pérdida del control territorial es percibida como resultado de la violencia y que se materializa en la evasión de lugares donde el peligro puede estar al acecho.

5. Movimientos físicos en el espacio

El desplazamiento forzado es la reacción más inmediata frente a situaciones de amenazas y matanzas. Este puede darse a menor escala con la huida de personas individuales o a escala masiva con el éxodo de poblaciones enteras desde una región azotada por el terror. Los desplazamientos pueden resultar en migraciones de corta distancia y duración, por ejemplo hacia viviendas de familiares en un poblado cercano; o pueden ser de larga distancia y duración, por ejemplo hacia las grandes ciudades del país. En Colombia se han identificado cuatro ciclos de migración forzada: 1) *corto*: entre cabeceras municipales cercanas dentro de la misma región; 2) *intermedio*: entre las cabeceras municipales y polos urbanos a nivel subregional; 3) *extra-regional*: desde los polos subregionales a las grandes ciudades del interior del país (Bogotá, Medellín, Cali); y 4) *intra-urbano*. Muy lejos de lo que podría sugerir la categorización ordenada de esta cadena migratoria, sin embargo, estos ciclos de desplazamiento se articulan en un contexto de impredecibilidad y desorganización. Los desplazamientos frecuentemente se producen en una situación de total caos, pánico e inseguridad. Sin embargo, el desplazamiento es solo *un* aspecto de estos movimientos reorganizadores del espacio. Esfuerzos para lograr un retorno seguro de las comunidades afectadas a sus tierras –sea promovida de forma institucional u organizada individualmente– llevan a movimientos en dirección opuesta a la huida y dirigidos hacia una recuperación de las territorialidades perdidas, o, en otras palabras, a procesos de reterritorialización.

6. Reterritorialización

La desterritorialización debe considerarse conjuntamente con la reterritorialización; la una no ocurre sin la otra. El retorno seguro de las poblaciones desplazadas a su lugar de origen debe ser, en última instancia, el objetivo para la resolución del conflicto. Pero este regreso a las tierras de origen no es fácil. Está acompañado por el miedo y la incertidumbre sobre lo que uno va a encontrar, las condiciones en que se encuentran las tierras, la casa y el pueblo. El proceso de reterritorialización en el lugar de origen es largo e implica una redefinición de las relaciones sociales anteriores y una reconstrucción de los paisajes de miedo en espacios de solidaridad y paz.

Sin embargo, los desplazados que no vuelven (sea por decisión propia o por falta de condiciones de seguridad) también embarcan en procesos de reterritorialización. De hecho, estos procesos comienzan en el momento de la reubicación del desplazado en el lugar de llegada con los primeros intentos de sobrevivencia y de reconstrucción de sus vidas. El nuevo entorno urbano brinda todas las dificultades del reacomodamiento en un espacio desconocido y frecuentemente hostil. Se ha resaltado, por ejemplo, las muchas dificultades de encontrar trabajo, y la cuadruple estigmatización y discriminación de la mujer afrocolombiana desplazada en la ciudad: por ser mujer, pobre, desplazada y negra.

Sin embargo, la reterritorialización también brinda posibilidades para la construcción de nuevas identidades. En particular para las mujeres, la reconstrucción de proyectos de vida frecuentemente brinda nuevas formas de autonomía en un ambiente de solidaridad entre mujeres y no dominado por hombres (Meertens, 2001:144). En la apropiación de los nuevos espacios suelen confluír formas materiales y simbólicas.

El establecimiento de una oficina de la Asociación de Afrocolombianos Desplazados (AFRODES) en Bogotá, por ejemplo, tiene un gran significado para la organización, no solamente al nivel funcional que les facilita coordinar sus acciones, sino también a nivel simbólico. La oficina constata la presencia visible de los desplazados afrocolombianos en la capital, quienes reclaman en condición de ciudadanos colombianos con derechos propios. Además, la oficina brinda un espacio de solidaridad en la ciudad y para muchos desplazados afrocolombianos recién llegados es el primer lugar para encontrar ayuda, consejos, o simplemente un abrazo fuerte y un café.

7. Estrategias espaciales de resistencia

El entorno físico brinda posibilidades particulares para la población local de defenderse y de resistir a los actores violentos. O, en otras palabras, el espacio se deja movilizar para confrontar al terror en su lugar. En caso de un inminente acto de agresión por parte de actores armados, por ejemplo, los pobladores locales pueden movilizar el entorno para esconderse en ciertos lugares o huir a través de rutas particulares de escape que conocen bien. En algunas zonas del Pacífico colombiano las comunidades locales han implementado estas "estrategias de ocultamiento" escondiéndose de los actores armados a través de constantes microdesplazamientos al interior de sus territorios. La experiencia histórica del cimarronaje y el conocimiento íntimo de los espacios locales y las microgeografías del lugar de pertenencia se combinan en esta estrategia espacial de resistencia. Como la movilidad espacial en el Pacífico colombiano se da a lo largo de los ríos, las redes laberínticas de los innumerables ríos ahora brindan también la posibilidad de rutas de escape.

Una de las preguntas urgentes a resolver por el movimiento afrocolombiano es si estos microdesplazamientos y estrategias de ocultamiento se dejan coordinar a nivel local, regional o incluso nacional. Hay debates sobre la posibilidad de evacuar temporalmente pueblos enteros en el caso de amenazas y de incursiones violentas de actores armados. Pero también si es posible desarrollar sistemas de alerta local que comuniquen entre sí a los diferentes poblados situados a lo largo de los ríos para coordinar las evacuaciones. Pese a estas posibilidades, es importante resaltar que solamente se puede tratar de mecanismos de defensa temporal, pues conllevan la ruptura de la vida social individual y colectiva y no permiten una construcción permanente de convivencia más allá de la influencia del conflicto armado. El objetivo central de todas las resistencias debe ser la expulsión de los actores armados de la región del Pacífico colombiano, por más que esto pueda sonar utópico en estos días.

Ahora bien, el marco de siete puntos de las "geografías de terror" debe entenderse como una agenda para abordar el terror como un conjunto complejo de espacios, emociones, prácticas, movimientos y materialidades en una gama de escalas desde el cuerpo hasta las microgeografías de la casa, la calle, el río, el bosque y la región. Presta especial atención a las formas en que las personas enfrentan el terror en su lugar. En particular, la política multiescalar de resistencia llevada a cabo por los movimientos sociales puede ofrecer un rico campo de análisis para comprender mejor la lucha de muchas poblaciones que enfrentan el terror, la guerra y el desplazamiento forzado.

Aunque he aplicado este marco al caso de las comunidades negras de Colombia

en la región de la costa del Pacífico que viven bajo constante amenaza a sus vidas y que durante los últimos veinte años han sido arrancadas violentamente de sus tierras, sostengo que el mismo puede ser aplicado a otras geografías y otras situaciones, como las de las poblaciones locales en Palestina, Afganistán, Siria, Sudán del Sur, entre otros. De esta manera este marco de análisis puede verse como una contribución a un compromiso crítico con el mismo concepto de terror y un antídoto contra los "conceptos totalizadores" en que de acuerdo con Said (1988: 53) se han convertido las nociones de terror y terrorismo. Esto no es una aventura fácil en la "era del terror" actual que está dominada por un discurso binario simplista del mundo. Sin embargo, es necesario seguir insistiendo en que los espacios de terror son múltiples y se encuentran en muchos lugares, a menudo insospechados.

Bibliografía

- Agnew, John (2002). *Making political geography*. London: Hodder Education.
- Beck, Richard (2003). "Remote sensing and GIS as counterterrorism tools in the Afghanistan War: a case study of the Zhawar Kili region". En: *The Professional Geographer*, vol. 55, nro. 2: pp. 170-179.
- Bourke, Joanna (2005). *Fear: a cultural history*. London: Virago Press
- Brysk, Alison (2003). "Recovering from state terror: the morning after in Latin America". En: *Latin American Research Review*, vol. 38, nro. 1: pp. 238-247.
- Butler, Judith (2007). "Torture and the ethics of photography". En: *Environment & Planning D: Society and Space*, vol. 25: pp. 951-966.
- Chomsky, Noam (2003). "Wars of terror". En: *New Political Science*, vol. 25, nro. 1: pp. 113-127.
- Chomsky, Noam (2004). *Hegemony or survival: America's quest for global dominance*. London: Penguin Books.
- Corradi, Juan; Weiss Fagen, Patricia y Garretón, Manuel Antonio (eds.) (1992). *Fear at the edge: state terror and resistance in Latin America*. Oxford: University of California Press.
- Cutter, Susan; Richardson, Douglas y Wilbanks, Thomas (2003). *The geographical dimensions of terrorism*. London: Routledge.
- De las Casas, Bartolomé (2004) [1542]. *A short account of the destruction of the Indies* (Introducción por Anthony Pagden). Londres: Penguin Classics.
- Elden, Stuart (2007). "Terror and territory". En: *Antipode*, vol. 39, nro. 5: pp. 821-845.
- Elden, Stuart (2009). *Terror and territory: the spatial extent of sovereignty*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Ensalaco, Mark (1999). *Chile under Pinochet: recovering the truth*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Flint, Colin (2003). "Terrorism and counterterrorism: geographic research questions and agendas". En: *The Professional Geographer*, vol. 55, nro. 2, pp. 161-169.
- George, Alexander (ed.) (1991). *Western state terrorism*. Cambridge: Polity Press.
- Graham, Stephen (ed.) (2004). *Cities, war, and terrorism: towards an urban geopolitics*. Oxford: Blackwell.
- Gregory, Derek (2004). *The colonial present: Afghanistan, Palestine, Iraq*. Oxford: Blackwell.
- Gregory, Derek y Pred, Allan (eds.) (2007). *Violent geographies: fear, terror, and political violence*. New York: Routledge.
- Harvey, David (2003). *The new imperialism*. Oxford: Oxford University Press.
- Hayner, Priscilla (2001). *Unspeakable truths: confronting state terror and atrocity*. New York: Routledge.
- hooks, bell (1991). *Yearning: Race, Gender, and Cultural politics*. London: Turnaround.
- Hyndman, Jennifer (2003). "Beyond either/or: a feminist analysis of September 11th". En: *ACME. An International E-Journal for Critical Geographies*, vol. 2, nro. 1: pp. 1-13.
- Hyndman, Jennifer y Mountz, Alison (2007). "Refuge or refusal: the geography of exclusion". En: Gregory, Derek y Pred, Allan (eds.); *Violent geographies: fear, terror, and political violence*. New York: Routledge. Pp. 77-92.
- Koonings, Kees y Kruijt, Dirk (eds.) (1999). *Societies of fear: the legacy of civil war, violence and terror in Latin America*. London: Zed Books.
- Matar, Hisham (2006). *In the country of men*. London: Viking.
- Meertens, Donny (2001). "Facing destruction, rebuilding life: gender and the internally displaced in Colombia". En: *Latin American Perspectives*, vol. 28, nro. 1: pp. 132-148
- Menjívar, Cecilia y Rodríguez, Néstor (eds.) (2005). *When states kill: Latin America, the US, and technologies of terror*. Austin: University of Texas Press.
- O'Loughlin, John (2005). "The war on terrorism, academic publication norms, and replication". En: *The Professional Geographer*, vol. 57, nro. 4: pp. 588-591.
- Oslander, Ulrich (2007). "Spaces of terror and fear on Colombia's Pacific coast: the armed conflict and forced displacement among black communities". En: Gregory, Derek y Pred, Allan (eds.); *Violent geographies: fear, terror, and political violence*. New York: Routledge. Pp. 111-132.
- Oslander, Ulrich (2008). "Another history of violence: the production of 'geographies of terror' in Colombia's Pacific coast region". En: *Latin American Perspectives*, vol. 35, nro. 5: pp. 77-102.
- Oslander, Ulrich (2016). *The geographies of social movements: Afro-Colombian mobilization and the aquatic space*. Durham: Duke University Press.
- Pion-Berlin, David (1989). *The ideology of state terror: economic doctrine and political repression in Argentina and Peru*. London: Rienner.
- Richardson, Louise (2006). *What terrorists want: understanding the terrorist threat*. London: John Murray Publishers.
- Said, Edward (1988). "Identity, negation and violence". En: *New Left Review*, nro. 171: pp. 46-60.
- Scurr, Ruth (2006). *Fatal purity: Robespierre and the French Revolution*. London: Metropolitan Books.
- Sharp, Joanne (2000). *Condensing the Cold War: Reader's Digest and American identity 1922-94*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Sloterdijk, Peter (2009). *Terror from the air*. Los Angeles: Semiotexte [originally published in 2002 as *Luftbeben. An den Quellen des Terrors*. Editions Suhrkamp: Frankfurt am Main].
- Smith, Neil (2003). "After the American *lebensraum*: 'Empire', Empire, and globalization". En: *Interventions: International Journal of Postcolonial Studies*, vol. 5, nro. 2: pp. 249-270.
- Taussig, Michael (1984). "Culture of terror – space of death: Roger Casement's Putumayo report and the explanation of torture". En: *Comparative Studies in Society and History*, vol. 26, nro. 3: pp. 467-497.
- Tuan, Yi-Fu (1979). *Landscapes of fear*. Oxford: Basil Blackwell.
- Watts, Michael (2007). "Revolutionary Islam: a geography of modern terror". En: Gregory, Derek y Pred, Allan (eds.); *Violent geographies: fear, terror, and political violence*. New York: Routledge. Pp. 175-203.